

Su bondad natural, y la recta razon le abandonaban al instante. Hasta sus mas fieles criados se veían precisados á huir de él. Solo los que adulaban sus pasiones, merecian su cariño: así tomaba siempre partidos estre-
mados y opuestos á sus verdaderos intereses, y obligaba á todos los hombres de bien á que detestasen su loca conducta.

Largo rato le sostuvo su valor contra la muchedumbre; mas al fin acabáron con él. Yo le ví morir. Atravesóle el pecho el dardo de un Fenicio; fuéronse las riendas de la mano, y cayó del carro á los pies de los caballos. Un soldado Chipriota le cortó la cabeza, y tomándola por los cabellos, la mostró como en triunfo á todo el ejército victorioso.

Toda mi vida me acordaré de haber visto aquella cabeza nadando en sangre, cerrados y amortecidos los ojos, pálido y desfigurado el rostro: aquella boca entreabierta, como queriendo acabar de pronunciar palabras empezadas; y aquel gesto altivo y amenazador, que ni aun la muerte habia podido borrar. Toda mi vida le tendré presente. Y si los dioses me concediesen que reine algun dia, me servirá tan funesto ejemplo de un continuó recuerdo de que un rey no es digno de serlo, ni su poder le hace feliz, sino en cuanto le somete á la razon. Porque, ¡qué mayor desgracia para un hombre destinado á ser el autor de la felicidad pública, que ejercer el poder que tiene sobre tantos hombres en labrarles su desventura!

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.

LIBRO TERCERO.

SUMARIO.

Refiere Telémaco que el sucesor de Boccoris volvió todos los prisioneros tirios: que él mismo fué conducido á Tiro en el navío de Narbal, comandante de la armada tiria, y la pintura que este le hizo de Pigmalion, su rey, temible por su avaricia. Refiere tambien que Narbal le instruyó en los reglamentos del comercio de Tiro, y que ya iba á embarcarse en un navío de Chipre para ir por esta isla á la de Itaca, cuando descubrió Pigmalion que era extranjero, y quiso ponerle preso: que estuvo entónces á pique de perecer; pero que Astarbe, dama del tirano, le libertó, haciendo morir en su lugar á un jóven que la tenia irritada porque habia despreciado su amor.

ADMIRADA estaba Calipso oyendo tan bien razonados discursos; y lo que mas la agradaba era la ingenuidad con que Telémaco referia los defectos en que habia incurrido por su ligereza, y por falta de docilidad á los consejos del sabio Mentor. Hallaba la diosa una generosidad y grandeza de alma extraordinaria en un jóven, que no se perdonaba á sí mismo, y que tan bien habia reflexionado sobre sus mismas imprudencias, que de ellas habia aprendido á ser sabio, prudente y moderado. Continua, le dijo, mi querido Telémaco, que deseo con impaciencia saber como salistes de Egipto,

y donde encontraste al sabio Mentor , cuya pérdida tan justamente sentias.

Telémaco continuó así su historia. Como los Egipcios , que seguan el partido del rey , fuesen , aunque los mas virtuosos y leales , los ménos poderosos ; y por otra parte le viesen ya muerto , se halláron reducidos á ceder. Elegióse otro rey llamado Termutis ; y hecha alianza entre él y los Fenicios , se retiráron estos con las tropas de Chipre , y todos los prisioneros de su nacion , que el nuevo rey les habia devuelto ; y á mí , como si lo fuese , se me incluyó en el número de ellos , me sacáron de la torre , me embarqué con los demas , y volvió á renacer en mi pecho la esperanza. Ya henchia nuestras velas un viento favorable , los remeros hendian las ondas espumosas ; el anchuroso mar estaba cubierto de naves ; los marineros daban gritos de alegría ; las riberas de Egipto se alejaban de nosotros ; las colinas y los montes se iban poco á poco aplanando ; é ya empezábamos á no ver mas que cielo y agua , cuando el nuevo sol , despidiendo del centro del mar sus fuegos resplandecientes , doraba con sus luminosos rayos la cima de los montes , que aun divisábamos algun tanto ; y el cielo todo vestido de azul oscuro nos prometia una feliz navegacion.

Aunque yo fuí devuelto como Fenicio , ninguno de los que iban conmigo me conocia. Narbal , comandante del navío á que se me destinó , quiso saber mi nombre y patria. ¿ De qué ciudad sois de la Fenicia ? me preguntó. « Yo no soy Fenicio , le respondí ; pero los Egipcios me apresáron en una nave que lo era , y como Fenicio he permanecido cautivo en Egipto ; en concepto de tal he padecido largo tiempo , y en el mismo concepto he sido libertado. » ¿ Pues de que país sois ?

volvió Narbal á preguntarme : é yo le contesté en estos términos : « Yo soy Telémaco , hijo de Ulises , rey de Itaca en Grecia. Mi padre se hizo famoso entre todos los reyes que sitiáron á la ciudad de Troya , mas los dioses no le han concedido que vuelva á ver su patria. Yo le he buscado por muchos paises , pero la fortuna me persigue como á él : ved aquí un desgraciado , que solo anhela por la felicidad de volverse á ver entre los suyos , y de hallar á su padre. »

Mirábame Narbal con admiracion , y le pareció descubrir en mí un no sé que de feliz , don del cielo , y que no se halla en el comun de los hombres. Y como naturalmente era sincero y generoso , se compadeció de mi desgracia , y me habló con una confianza inspirada sin duda por los dioses , para salvarme de un gran peligro.

« No dudo , me dijo , ni acertaria á dudar de lo que me decis , porque el quebranto y la virtud retratados en vuestro semblante no me permiten tal desconfianza. Ademas presiento que los dioses , á quienes siempre he servido , os aman , y quieren que yo tambien os ame como si fuerais mi hijo. Voy á daros un consejo saludable , y en recompensa solo exijo el secreto. » —

« No temais , le dije , que me sea violento callar lo que querais confiarme , pues aunque jóven , he envejecido ya en la costumbre de no fiar jamas mi secreto , y mucho mas en la de no revelar el de otro por ningun pretexto. » — « ¿ Pues como habeis podido , me replicó , acostumbraros , siendo tan jóven , á guardar secreto ? mucho me alegraré saber por qué medios habeis adquirido esta calidad , que es la base de la mas sabia conducta , y sin la cual son inútiles todos los talentos. »

Al partir Ulises para el sitio de Troya , le respondí ,

me puso sobre sus rodillas , y me estrechó entre sus brazos : así es como me lo han referido. Despues de haberme besado tiernamente , me dijo estas palabras , aunque yo todavía no podia entenderlas : Hijo mio , no permitan los dioses que te vuelva á ver ; antes la guardaña de la parca corte el hilo apénas formado de tus dias , así como el segador corta con la hoz la tierna flor que empieza á desplegarse ; ántes mis enemigos te despedacen á mi vista y la de tu madre , si ha de llegar dia en que tu corazon se corrompa ; y abandone la virtud. Amigos míos , continuó : ahí os dejo este hijo que tanto amo , cuidad de su infancia ; y si es que me amais , alejad de él la perniciosa lisonja ; enseñadle á que á sí mismo se venza. Sea en vuestras maous como un tierno arbolillo que se le doblega para enderezarle ; y sobre todo no omitais nada para hacerle justo , benéfico , sincero y fiel en guardar secreto : que el que es capaz de mentir , es indigno de que se le cuente en el número de los hombres ; y el que no sabe callar , es indigno de gobernar.

Os refiero así sus palabras , porque habiendo cuidado de repetírmelas mucho , han llegado á grabarse en lo íntimo de mi corazon ; é yo á mí mismo me las repito á cada paso.

Los amigos de mi padre procuráron con efecto ejercitarme con tiempo en guardar secreto. Aun estaba yo en la mas tierna infancia , cuando ya me confiaban los disgustos que padecia en ver á mi madre espuesta á la muchedumbre de temerarios que la solicitaban para esposa ; y desde entónces me trataban como á un hombre de razon y confianza. Hablábanme en secreto de los mas importantes negocios , y me comunicaban lo que resolvian para desviar á los pretendientes. Ufano

con que de mí se hiciese esta confianza , me tenía ya por un hombre. Jamas abusé de ella , ni se me escapó jamas palabra que pudiese dar el menor indicio de lo que callaba. Muchas veces los pretendientes de mi madre me estimulaban á que hablase , persuadidos de que un niño que podia haber visto ú oido alguna cosa de importancia , no seria capaz de reservarla ; pero yo sabia muy bien responderles sin mentir , ni manifestarles lo que no debia decirles.

Luego que Narbal me oyó , me dijo : Ya veis , Telémaco , el poder de los Fenicios , formidables por sus innumerables escuadras á todas las naciones vecinas. El comercio que hacen hasta las columnas de Hércules (1) , les produce tantas riquezas , que exceden á las de los pueblos mas florecientes. El gran Sesostris , que jamas hubiera podido vencerlos por mar , trabajó no poco para rendirlos por tierra con unos ejércitos que habian conquistado todo el Oriente : impúsonos un tributo , que no pagamos mucho tiempo , porque era demasiado el poder y riquezas de los Fenicios para soportar con paciencia el yugo y la esclavitud ; y así fué que muy pronto recobramos la libertad. No le dió tiempo la muerte para que acabase la guerra contra nosotros. Y si bien es verdad que debíamos temerlo todo de su sabiduría aun mucho mas que de su poder , habiendo pasado este á manos de su hijo enteramente falto de prudencia , concluimos que ya nada teníamos que recelar. En efecto ,

(1) Las columnas de Hércules son las montañas de Calpe y Avilá , en el estrecho de Gibraltar , donde entra el océano en el mediterráneo , y limitó Hércules sus viages. Se llaman así por parecerse de léjos á dos columnas á los ojos de los viageros.

lójos de volver los Egipcios á entrar con las armas en nuestra tierra para subyugarnos de nuevo, se han visto precisados á llamarnos en su socorro para que les libremos de un rey tan impío y furioso. Nosotros hemos sido sus libertadores: ¡Qué gloria agregada á la libertad y á la opulencia de los Fenicios!

Mas al paso que damos la libertad á los demas, somos nosotros esclavos. Temed, Telémaco, caer en las manos de Pigmalion nuestro rey: en aquellas crueles manos bañadas en la sangre de Siqueo, esposo de su hermana Dido (1); la cual, poseida del deseo de venganza, se salvó huyendo de Tiro con muchas naves, y con la mayor parte de los que aman la virtud y la libertad, que la siguiéron hasta la costa de Africa, en que ha fundado una soberbia ciudad llamada Cartago (2). Atormentado Pigmalion de una insaciable sed de riquezas, se hace cada vez mas despreciable y odioso á sus vasallos. Es un crimen en Tiro poseer muchos bienes: la avaricia le hace desconfiado, sospechoso y cruel; persigue á los ricos, y teme á los pobres.

Aun es mayor crimen ser virtuoso, porque supone que los buenos no podrán sufrir sus injusticias é infamias: la virtud le condena, y así es que se irrita y enfurece contra ella. Todo le agita, todo le inquieta, todo le atormenta: de su misma sombra tiene miedo. No duerme de día ni de noche; y los dioses para con-

(1) Dido era hija de Belo, rey de Tiro y de Sidon. Pigmalion hizo morir á su marido Siqueo para apoderarse de sus riquezas.

(2) Esta ciudad, edificada en la costa de Africa, en frente de Roma, de la cual era émula, fué asolada por Escipion el Africano.

fundirle, le abruman con tesoros, de que no se atreve á gozar. Lo que busca para ser dichoso es precisamente lo que le impide que lo sea. Le pesa de lo que da, siempre teme perder y se fatiga por ganar.

Casí nunca se le ve: solo, triste y abatido vive en el centro de su palacio. Sus mismos amigos no se atreven á llegarse á él, porque temen hacerse sospechosos. Una guardia formidable con espadas desnudas y picas levantadas rodea su palacio. Treinta cámaras que se comunican unas con otras, y que cada una tiene su puerta de hierro con seis gruesos cerrojos, son la estancia en que se encierra: jamas se sabe en cual de ellas duerme; pero se asegura que nunca dos noches seguidas en una misma, de miedo de ser en ella degollado. Los inocentes placeres y la amistad, que aun es mas dulce, le son desconocidos. Si se le dice que procure alegrarse, siente que la alegría huye lójos de él, y que rehusa entrar en su corazon. Sus ojos sumidos y vagorosos centellean un fuego voraz y feroz; al menor ruido aplica el oido, y se conmueve. Está pálido y atenuado; y en su rostro, siempre torvo y arrugado, lleva pintados los remordimientos que le atormentan. Calla, suspira, y arranca del pecho los mas profundos gemidos, no siéndole posible ocultar los remordimientos que despedazan sus entrañas. Disgustanle los manjares mas exquisitos. Sus hijos, que debian ser el apoyo de su esperanza, son el motivo de su terror, y hace de ellos sus mas temibles enemigos. En toda su vida ha tenido un momento de seguridad; y solo se conserva á fuerza de verter la sangre de todos los que le causan algun temor. ¡Insensato, que no ve que la misma crueldad en que tanto confia, será la que le conduzca á su ruina! Cualquiera de sus

domésticos , que sea tan desconfiado como él , se apresurará á librar al mundo de este monstruo.

Por mí , temo á los dioses , y á toda costa seré fiel al rey que ellos me han dado ; y ántes sufriera que me diese la muerte , que quitarle yo la vida , y aun que dejar de defenderle. Pero vos , Telémaco , guardaos de decirle quien sois ; porque con la esperanza de que vuelto Ulises á Itaca le daría una gran suma por vuestro rescate , os tendrá hasta entónces preso.

Cuando llegamos á Tiro , seguí los consejos de Narbal , y reconocí la verdad de cuanto me había dicho. Yo no podía comprender que un hombre pudiera hacerse tan despreciable como me lo pareció Pigmalion.

Horrorizado de un ejemplo tan terrible , y para mí tan nuevo , me decía á mí mismo : he aquí un hombre que anhelando á ser feliz , ha equivocado los medios. Creyó conseguirlo teniendo un cúmulo de riquezas y una autoridad absoluta : posee con efecto todo lo que puede desear ; y sin embargo esas mismas riquezas y esa misma autoridad causan su desgracia. Si fuera pastor , como no ha mucho tiempo que yo lo fuí , sería tan feliz como yo lo era : gozara de los inocentes placeres del campo , y los gozaría sin remordimientos : no temiera el hierro ni el veneno : amara á los hombres , y fuera de ellos amado. Es verdad que no tendría esas grandes riquezas que en realidad le son tan inútiles como si fuesen de cieno , pues que no se atreve á tocarlas ; pero gozaría libremente de los frutos de la tierra , y no padecería ninguna necesidad verdadera. Parece que este hombre hace cuanto quiere ; pero nada ménos : lo que hace es todo cuanto quieren sus pasiones feroces , siempre impelido de la avaricia , del temor , y de las sospechas. Parece dueño de los demas hom-

bres , y ni aun de sí mismo lo es ; pues son tantos sus dueños y verdugos , cuantos sus deseos violentos.

Así discurría yo acerca de Pigmalion , sin verle , porque nunca se dejaba ver : solo se veían , y no sin miedo , las altas torres noche y dia rodeadas de guardias , donde él mismo encerrado con sus tesoros , se tenia como en prision. Comparaba yo este rey invisible con el gran Sesostris , tan humano , tan accesible , tan afable , tan amigo de ver á los estrangeros , tan atento á oír á todo el mundo , y sacar del corazon de los hombres la verdad que se oculta á los reyes. Sesostris , decia yo , nada temia , ni tenia que temer nada. Presentábase á sus vasallos como á sus propios hijos ; pero este rey malvado todo lo teme , y todo lo tiene que temer. Siempre está espuesto á una muerte desastrada , aun en su palacio inaccesible , rodeado de guardias : al contrario que el buen Sesostris , que entre la multitud de sus pueblos estaba tan seguro , como un buen padre lo está en su casa rodeado de su familia.

Dió orden Pigmalion de que se volviesen á su isla las tropas Chipriotas sus aliadas ; y Narbal se valió de esta ocasion para ponerme en libertad , haciéndome pasar revista entre los soldados de Chipre , porque el rey hasta de las cosas mas mínimas recelaba.

El defecto comun á todos los príncipes fáciles y desahucados es entregarse con una ciega confianza á favoritos artificiosos y corrompidos : él de este , por el contrario , era desconfiar de los mas virtuosos. No sabia discernir los hombres rectos y sencillos que obran sin disfraz : ni les había visto nunca , porque estos no van á buscar un rey tan corrompido. Por otra parte desde que ocupaba el trono , había visto tanta simulacion y tanta perfidia en cuantos le servian , y tan horrosos vicios ,

disfrazados con apariencias de virtud , que á todos los hombres , sin escepcion , les miraba como simulados. Suponia que no habia sobre la tierra virtud alguna sincera , y por eso les miraba á todos como iguales con corta diferencia. Cuando hallaba uno falso y corrompido , no se tomaba el trabajo de buscar otro , suponiendo que este no seria mejor que aquel. Los buenos le parecian peores que los malvados mas rematados , porque les tenia por tan infames , y por mas engañosos.

Pero volviendo á mí , fuí con efecto confundido entre los soldados Chipriotas , y así escapé á la perspicaz desconfianza del rey. Temblaba Narbal que yo fuese descubierto , porque á ámbos nos hubiera costado la vida ; y por eso era increíble la impaciencia con que deseaba vernos partir ; pero los vientos contrarios nos detuviéron mucho tiempo en Tiro.

Yo me aproveché de esta detencion para instruirme de las costumbres de los Fenicios , tan célebres entre todas las naciones conocidas. Admiraba la ventajosa posicion en que se halla aquella ciudad , situada en una isla que está en medio del mar. La costa vecina es sumamente deliciosa por su fertilidad , por los exquisitos frutos que produce , por el gran número de ciudades y aldeas que casi se juntan , y en fin por la benignidad de su clima ; pues los montes ponen la costa al abrigo de los ardientes vientos de mediodia ; y la refrescan los del norte que soplan del lado del mar. Este pais está al pie del Libano , cuya cima hiende las nubes , y va á tocar con los astros. Un perenne yelo ciñe su frente , y de la punta de los peñascos que le coronan se desprenden en torrentes arroyos llenos de nieve. Debajo se vé un espacioso bosque de cedros antiguos , cuyas espesas ramas llegan á las nubes , y pare-

cen tan viejos como la tierra que los sustenta. Al pie de este bosque , en la misma ladera del monte , se encuentran abundantes pastos , donde se ven andar errantes los toros dando bramidos , y las ovejas balando con sus tiernos corderillos que retozan por la yerba. Mil arroyuelos de agua cristalina corren por todas partes , y en fin debajo de estos pastos está el pie de la montaña , semejante á un jardín , en el que la primavera y el otoño reinan juntos para reunir las flores y los frutos. Jamas el pestilento viento de mediodia , que todo lo seca y abrasa , ni el riguroso aquilon , han osado marchitar los vivos colores que adornan este jardín.

Junto á esta hermosa ribera es , pues , donde se levanta en el mar la isla en que está fundada la gran ciudad de Tiro ; de modo que parece anda nadando sobre las aguas , y que es la reina del mar. Frecuentanla comerciantes de todo el mundo , y los mas célebres del universo son sus mismos habitantes. Al entrar en ella no parece ciudad perteneciente á un pueblo particular , sino comun á todas las naciones , y el centro de su comercio. Tiene dos grandes muelles , semejantes á dos brazos , que se internan en el mar , ciñen un anchuroso puerto , é impiden la entrada á los vientos. Vense en este puerto tantos mástiles de navío que figuran un bosque , y tan espeso que apenas se vé el agua que los sostiene. Todos los ciudadanos se aplican al comercio ; y no por sus grandes riquezas se desdeñan de trabajar incesantemente para aumentarlas. Allí se vé por todas partes el suave lino de Egipto , y la púrpura de Tiro , dos veces teñida , de un maravilloso brillo : este doble tinte es tan vivo y permanente , que ni el tiempo basta á deslucirle : em-

pléase en las lanas finas que bordadas de oro y plata adquieren un nuevo realce. Los Fenicios comercian con todos los pueblos hasta el estrecho de Gades (1), y se han internado en el vasto océano, que rodea toda la tierra. También han hecho largas navegaciones en el mar rojo, y por él es por donde van á buscar á islas desconocidas el oro, los aromas, y varios animales que no se encuentran en otros países.

No se saciaban mis ojos de ver el magnífico espectáculo de esta gran ciudad, en que todo está en movimiento. Allí no se ven, como en las ciudades de la Grecia, hombres ociosos y noveleros, que van á buscar noticias á la plaza pública, ó á ver los extranjeros que llegan al puerto. Los hombres se ocupan en descargar las naves, transportar ó vender las mercancías, arreglar sus almacenes, y en llevar cuentas exáctas de lo que les deben los negociantes extranjeros; y las mugeres en hilar las lanas, hacer dibujos para bordar, ó en plegar las telas preciosas.

¿De qué proviene, le pregunté á Narbal, que los Fenicios se hayan hecho dueños del comercio de todo el mundo, y que se enriquezcan por este medio á espensas de todos los demas pueblos? — Ya lo veis, me respondió: la situación de Tiro es ventajosa para el comercio. Nuestra pátria tiene la gloria de haber inventado la navegacion. Si hemos de creer la tradicion de la mas remota antigüedad, los Tirios fuéron los primeros que domáron las olas mucho ántes que Tifis y los Ar-

(1) Gades ó Gadir, hoy Cadiz, es una pequeña isla de la España Bética, cercana del continente, en frente del puerto de Mnesteo; fué fundada por los Tirios, y es una de sus mas antiguas colonias.

gonautas (1), tan ponderados en la Grecia; quiero decir, que ellos fuéron los primeros que osáron esponerse en una débil embarcacion al arbitrio de las olas y de las tempestades: los primeros que sondeáron los abismos del mar: que observáron los astros léjos de la tierra, segun la ciencia de los Egipcios y Babilonios: los primeros en fin que reuniéron tantos pueblos, que el mar tenia separados. Los Tirios son industriosos, pacientes, laboriosos, capaces, sobrios y económicos: tienen una exácta policia: viven perfectamente unidos entre sí; y jamas se ha conocido un pueblo mas constante y sincero, mas fiel y seguro, ni mas cómodo para los extranjeros.

Ved aquí, sin ir á buscar otra cosa, lo que les da el imperio del mar, y hace que florezca en su puerto un comercio tan útil. Pero si se introdujesen entre ellos la division y los zelos: si se empezasen á afeminar con los deleites y la ociosidad: si los próceres de la nacion despreciasen el trabajo y la economía, si se dejasen de honrar las artes: si faltaran á la buena fé con los extranjeros: si alterasen en lo mas mínimo las reglas de un comercio libre: si descuidasen sus manufacturas, y dejasen de hacer las cuantiosas anticipaciones que se necesitan para que sus artefactos tengan cada uno en su clase la posible perfeccion; bien pronto veriais caer este colosal poder que admirais.

Mas explicadme, le dije, los verdaderos medios de establecer algun dia en Itaca un comercio semejante. —

(1) Los Argonautas eran los héroes de la Grecia que fuéron á Colcos con Jason para llevarse el vello de oro. Su nave habia sido construida en Tesalia por la misma Palas. Llamábase Argo, y su piloto Tifis.

Haced, me respondió, lo que aquí se hace. Recibid bien y fácilmente á todos los extranjeros: haced que encuentren en vuestros puertos seguridad, comodidad y entera libertad: no os dejéis arrastrar de la avaricia, ni del orgullo. El verdadero medio de ganar mucho, es no querer ganar demasiado, y saber perder á tiempo. Hacedos amar de los extranjeros; y si es menester, toleradles alguna cosa. Temed excitar sus zelos con vuestra altanería. Estableced unas reglas de comercio, que sean constantes, sencillas y fáciles: acostumbra á vuestros pueblos á observarlas inviolablemente: castigad con rigor el fraude, y aun la negligencia, ó el fausto de los mercaderes que arruina el comercio, arruinando á los que lo hacen.

Sobre todo absteneos de ponerle trabas para inclinarle segun vuestras miras. El príncipe no se ha de mezclar en él, si no quiere entorpecerle. Todo el provecho debe dejarle á sus vasallos, que son los que tienen el trabajo: lo contrario seria desanimarlos: bastantes utilidades le producirán las muchas riquezas que entrarán en sus estados. Es el comercio como ciertas fuentes, que si se las quiere mudar su curso, se secan. Para atraer á los extranjeros, proporcionadles provecho y comodidad. Si les hacéis el comercio ménos cómodo y útil, se retirarán insensiblemente, y no volverán jamas; porque otros pueblos, aprovechándose de vuestra imprudencia, les atraerán á sus puertos, y les acostumbrarán á no echaros de ménos. Es necesario confesaros que de algun tiempo á esta parte se ha oscurecido no poco la gloria de Tiro. ¡O, cuanto mas os hubiera admirado, si hubierais visto esta ciudad antes del reinado de Pigmalion! ¡Pero, ya, ya no han quedado mas que los tristes restos de una grandeza que amenaza

ruina. ¡Ah, infortunada Tiro! ¡en que manos has caido! ¡Ya se pasó el tiempo en que la mar te traia el tributo de todos los pueblos del mundo!

Pigmalion todo lo teme, así de los extranjeros, como de sus vasallos; y en vez de abrir sus puertos, segun nuestra antigua costumbre, á las naciones mas lejanas con una absoluta franqueza, quiere saber el número de naves que arriban, de donde son, el nombre de los que en ellas vienen, su género de comercio, las clases y precios de sus mercancías y el tiempo que deben de permanecer aquí. Aun hace otra cosa peor: hostiga á los que le parecen mas opulentos, y bajo diversos pretextos impone nuevas gabelas. Quiere tambien entrar en comercio; pero todo el mundo huye de mezclarse en nada con él. Así decae el comercio: los extranjeros olvidan poco á poco el camino de Tiro; que en otro tiempo les era tan grato; y si Pigmalion no muda de conducta, no tardarán mucho en transferirse nuestra gloria y nuestro poder á otro pueblo mejor gobernado que el nuestro.

Seguí preguntando á Narbal como se habian hecho los Tirios tan poderosos en el mar, pues no queria ignorar nada de todo cuanto conduce al gobierno de un reino. — Nosotros, me respondió, tenemos los montes del Líbano que nos proveen de maderas para navíos; y para solo este uso las reservamos tan cuidadosamente, que nunca se cortan sino para las necesidades públicas. Para la construccion de las naves logramos la ventaja de tener artifices hábiles.

¿Cómo, le dije, habeis podido hallarlos? — En el pais mismo se han ido poco á poco formando, me respondió Narbal. Cuando se recompensa bien á los que sobresalen en las artes, hay seguridad de tener

bien pronto á quien las lleve á su última perfeccion , porque los hombres mas sabios y de mayor talento se dedican gustosos á aquellas á que están anejas las grandes recompensas. Aquí se trata con honor á todos los que sobresalen en las artes y en las ciencias útiles á la navegacion. Se tiene en consideracion á un buen geómetra : se estima mucho á un hábil astrónomo : se colma de bienes al piloto que sobrepuja á los otros en su ejercicio : no se desprecia á un buen carpintero , ántes por el contrario se le paga y trata bien. Hasta los buenos remeros tienen recompensas seguras y proporcionadas á sus servicios : se les mantiene bien : se les cuida en sus enfermedades , y en su ausencia se tiene cuidado de sus mugeres y de sus hijos. Si perecen en algun naufragio , se indemniza á su familia ; y despues de servir cierto tiempo , se les da licencia para que se vuelvan á sus casas. Así es como tenemos cuantos marineros queremos , porque el padre cria con gusto á su hijo para tan buen oficio , y se apresura á instruirle desde su mas tierna edad en el manejo del remo y de los cables , y á despreciar las borrascas. Así es como se conduce á los hombres sin violencia por medio de las recompensas y del buen orden , lo que no conseguiria la autoridad por sí sola , ni se adelanta mucho con una sumision forzada : es necesario ganar los corazones , y hacer que los hombres encuentren ventajas en aquellas mismas cosas en que se les quiere hacer servir con su industria.

Despues de estos discursos me llevó Narbal á ver los almacenes , los arsenales , y todos los oficios que se emplean en la construccion de navíos. Procuré informarme del por menor de las cosas mas mínimas , y todo cuanto aprendí , lo puse por escrito , para que no se me olvidase ninguna circunstancia útil.

Entretanto , como Narbal me amaba , y conocia á Pigmalion , esperaba con impaciencia mi partida , temeroso de que me descubriesen las espías del rey , que andaban dia y noche por la ciudad ; pero aun no lo permitian los vientos. Estando un dia exáminando con curiosidad el puerto , y preguntando á varios comerciantes , vimos que se dirigia á nosotros un oficial de Pigmalion , que le dijo á Narbal : El rey acaba de saber por uno de los capitanes de navío que con vos han vuelto de Egipto , que habeis traído un estrangero que pasa por Chipriota : quiere que se le arreste , y que se sepa con certeza de que pais es : Vos responderéis de él con vuestra cabeza. Me habia yo á la sazón apartado un poco á observar mas de cerca las proporciones de un navío casi nuevo , que segun decian , era el mas velero que jamas se habia visto en el puerto , y lo atribuian á la exácta proporcion que guardaba en todas sus partes ; acerca de lo cual le estaba yo haciendo varias preguntas al que le habia hecho.

Sorprendido y asustado Narbal , respondió al oficial : voy á buscar á ese estrangero , que es de la isla de Chipre. Mas luego que le perdió de vista , se vino corriendo hácia mí para avisarme del riesgo en que me hallaba. ¡ Demasiado previsto lo tenia yo , mi querido Telémaco , me dijo : ¡ perdidos somos ! El rey , atormentado de dia y de noche por sus desconfiansas , ha llegado á sospechar que no sois Chipriota : manda que se os prenda , y me amenaza con la muerte si no os pongo en sus manos. ¿ Qué harémos ? ¡ ó dioses ! dadnos acierto para salir de este peligro. Será preciso que yo os lleve á palacio , Telémaco ; y que sostengais que sois Chipriota , de la ciudad de Amatunta , hijo de un estatuario de Vénus , que yo declararé haber cono

cido tiempo hace á vuestro padre. Acaso el rey, satisfecho con esto, os dejará partir. Yo no hallo otro medio de salvar vuestra vida y la mia.

Dejad, le respondí á Narbal; dejad perecer á un desgraciado que el destino quiere que perezca. Yo sabré morir, Narbal; y es mucho lo que os debo para envolveros en mi desgracia. Pero no puedo resolverme á mentir; y no siendo Chipriota, no podré decir que lo soy. Los dioses ven mi sinceridad: si quieren conservar mi vida, á ellos les toca; ellos lo pueden; pero yo no quiero salvarla por medio de una mentira.

Esta mentira, repuso Narbal, nada tiene que no sea inocente: ni los mismos dioses pueden reprobarla, porque á nadie perjudica; salva la vida de dos inocentes, y si engaña al rey, es solo para evitar que cometa un gran crimen. Muy al extremo llevais, Telémaco, el amor de la virtud, y el temor de violar la religion.

Basta, le dije, que la mentira sea mentira para ser indigna de un hombre que habla en presencia de los dioses, y que todo lo debe á la verdad. El que á ella falta, ofende á los dioses, y se perjudica á sí mismo, porque habla contra su conciencia. Dejad, Narbal, de proponerme lo que es indigno de vos y de mí. Si los dioses se apiadan de nosotros, sabrán los medios de librarnos, y si quieren que perezcamos, seremos muriendo víctimas de la verdad, y dejaremos á los hombres el ejemplo de preferir la virtud sin tacha á una larga vida: la mia lo es ya demasiado siendo tan desgraciada. Por vos solo es por quien mi corazon se enternece, mi querido Narbal. ¡Quién creyera que vuestra amistad por un infeliz extranjero os habia de ser tan funesta!

Largo rato estuvimos en esta especie de contienda,

cuando al fin vimos llegar un hombre que corria desalentado, y era otro oficial del rey que venia de parte de Astarbe.

Esta muger, hermosa como una deidad, unia á los hechizos del cuerpo todos los del espíritu. Era festiva, lisongera, é insinuante. Con tantos atractivos seductores tenia como las Sirenas un corazon cruel y maligno, y la mas refinada astucia para ocultar sus infames sentimientos con un profundo artificio. Su estremada hermosura, su talento, su dulce voz, y la armonia de su lira de tal modo tenian ganado el corazon del rey, que ciego de amor por ella habia abandonado á la reina Tofa su esposa, y solo pensaba en satisfacer las pasiones de Astarbe, cuyo amor no le era ménos funesto que su infame avaricia. Pero aunque el rey la amaba con tanta pasion, ella le despreciaba íntimamente; pero cuidando siempre ocultarlo, bajo la apariencia de no querer vivir sino para él, al paso que no le podia sufrir.

Habia en Tiro un jóven Lidio, llamado Malachon, de una extraordinaria belleza; pero muelle, afeminado, y encenagado en los deleites. Solo pensaba en conservar la delicadeza de su tez, en peinar el rubio cabello, que ondeaba sobre la espalda, en perfumarse, y dar un aire gracioso á los pliegues de su ropa; y en fin en cantar sus amores á la lira. Vióle Astarbe, y le amó con tal extremo, que degeneró en furor; pero él la despreció, porque estaba apasionado de otra, y porque ademas temia esponerse á los crueles zelos del rey. Viéndose Astarbe despreciada, se abandonó á su resentimiento, y en los raptos de su desesperacion concibió el proyecto de hacer pasar á Malachon por el extranjero que el rey mandaba buscar, y que se decia haber venido con Narbal.

Con efecto, así se lo persuadió á Pígalion, y sobornó á todos los que hubieran podido desengañarle. Como el rey no amaba á los virtuosos, ni sabia distinguirlos; solo lo rodeaban gentes interesadas, artificiosas y dispuestas á ejecutar sus órdenes injustas y sanguinarias. Estas gentes temian la autoridad de Astarbe, y la ayudaban á engañar al rey, por no desagradar á una muger tan altanera que poseía toda su confianza. Así Malachon, aunque conocido por Lidio en toda la ciudad, pasó por el jóven estrangero que Narbal habia traído de Egipto, y fué puesto en prision.

Pero temiendo Astarbe que fuese Narbal á hablar al rey, y que descubriese su impostura, le envió á toda priesa aquel oficial para que le dijese: Astarbe os prohíbe que descubrais al rey quien es vuestro estrangero; solo os pide el silencio, quedando á su cuidado hacer que el rey quede de vos satisfecho. Sin embargo haced que ese jóven que habeis traído de Egipto se embarque prontamente con los Chipriotas, para que no se le vuelva á ver en la ciudad. Gozoso Narbal de poder salvar así su vida y la mia, ofreció guardar secreto: y el oficial, satisfecho del buen éxito de su comision, se volvió á dar cuenta de ella á Astarbe, mientras nosotros admirábamos la bondad de los dioses, que así recompensaban nuestra sinceridad, y que tan particularmente cuidan de los que todo lo arriesgan por la virtud.

Mirábamos con horror á un rey entregado á la avaricia y á la voluptuosidad. El que con tanto exceso teme ser engañado, decíamos, merece serlo, y casi siempre lo es groseramente: desconfia de los buenos, y se entrega á los malvados; y de aquí nace que solo él ignora lo que á nadie importa tanto saber. Ved á Pig-

malion ser el juguete de una muger liviana; pero admiremos la sabiduría con que los dioses se valen de la mentira de los malvados para salvar á los buenos, que prefieren la verdad á la vida.

Advertimos mudanza en los vientos favorable á las naves de Chipre. Los dioses se declaran, exclamó Narbal, y quieren ponerlos en salvo: huid de esta tierra cruel y maldita. ¡Quién pudiera seguiros, aunque fuese á las mas incógnitas riberas! ¡Qué felicidad la de poder vivir y morir con vos! Pero un rigoroso destino me liga á esta desgraciada pátria, y es necesario sufrir con ella, y acaso lo será el ser sepultado en sus ruinas; pero no importa, con tal que mi lengua sirva constantemente de instrumento á la verdad, y mi corazon de templo á la justicia.

En cuanto á vos, mi amado Telémaco, ruego á los dioses, que os conducen como por la mano, que os otorguen hasta la muerte el mas precioso de todos los dones, que es la virtud pura y sin tacha. Vivid, volved á Itaca, consolad á Penelope, libradla de sus temerarios amantes. Vean vuestros ojos, y estrechen vuestros brazos al sabio Ulises: halle este en vos un hijo que se le iguale en prudencia; mas en medio de vuestra prosperidad acordaos del desgraciado Narbal, y nunca dejeis de amarme.

Acabó estas palabras, é yo le regué con mis lágrimas sin poderle responder, porque me lo impedian los sollozos. Abrasámonos sin hablarnos; me condujo hasta el navío; quedóse en la playa, y desde que la nave se hizo á la vela, no dejamos de mirarnos mientras nos pudimos ver.